

El Remanso

JULIÁN JIMÉNEZ GUERRERO

12 de febrero de 2022

A nochecía. Las altas palmeras se mecían al son del viento, y los bellos cantos de los mirlos ya no se oían en la lejanía. La fuerza del soplido del aire transportaba una corriente de viento que hacía al más resistente de los cuerpos tiritar. El frío invierno se hacía eco de presencia aquella noche en el Campus de Rabanales. Tres estudiantes presenciaban el panorama desde la estación, mientras observaban cómo el tren se alejaba despiadadamente de ellos. Habían perdido *el último tren que pasaría ese día*. Y considerando que a aquella hora no quedaban más autobuses, tocaba pasar la noche allí.

Uno de los desafortunados estudiantes, llamado Marcos, sugirió pasear por los alrededores.

—¿Pasear? —interrumpió José, prudentemente —¿Pretendes que nos helemos?

—Es eso o buscar un sitio para dormir. Y es demasiado temprano para eso, ¿no creéis? —concluyó

Marcos, secamente, con la mirada dirigida a Ana, la otra chica que los acompañaba. Observó a los dos chavales con la mirada melancólica, y luego dirigió su mirada al cielo.

—El destino ha querido juntarnos a nosotros tres en este momento. Y aunque no se oyen mirlos, la luz del día ha caído, y el cielo estrellado nocturno nos envuelve en una capa de frío viento, no veo motivo para negarte la razón, Marcos. Andemos sin demora hacia el final del Campus, o hasta donde las estrellas nos guíen.

Y así fue como estos veinteañeros anduvieron y anduvieron, rodeando los edificios del Campus por la parte verde, bajo las copas de los tristes árboles, y pisando el suelo embarrado, rodeando la piscina y saliendo de las inmediaciones de Rabanales para llegar a una zona aún más oscura y fría, donde, aunque no fuese posible, el silencio reinante parecía aún mayor. Se trataba de un espectacular bosque de altos pinos jamás visto por ninguno de los tres. En la lejanía, había un lago resplandeciente en el que se reflejaban las copas de algunos pinos gracias a una tenue luz de fondo que iluminaba el follaje. José, algo aprensivo ante el panorama, prudentemente preguntó al resto:

—¿Dónde hemos llegado? No parece que esto siga siendo el recinto limitado por los edificios de Rabanales...

—No lo parece porque no lo es.

La profunda voz que acababa de oírse sobresaltó fuertemente a los tres chicos. No era Marcos el que

había contestado, ni Ana. Los tres se dieron la vuelta y vieron a un extravagante anciano sucio, arrugado, encorvado y con la ropa desgarrada y repleta de todo tipo de manchas y restos vegetales, salir desde detrás del tronco de uno de los pinos. Semejante hombre parecía no haber visto nunca la luz del sol; parecía una especie de criatura mitológica de las profundidades del bosque. No parecía ofensivo ni peligroso, más bien una especie de fusión del hombre y la naturaleza en un solo ser semihumano. Mientras que Ana lo observaba fijamente sin decir palabra, y José brincaba hacia atrás mostrando un rostro a medio camino entre compungido y aterro- rizado, Marcos se apresuró a dirigirse a él manteniendo la calma y la compostura.

—¿Quién es usted? ¿Qué necesita de nosotros? ¿Podemos ayudarle en algo, señor?

El anciano, si esta palabra es digna para describir dicho ser, masculló algo incomprendible y contestó:

—Me temo que habéis sido los primeros en descubrir el Remanso. Chicos, me temo que una vez que se cruza la barrera entre el Campus y el Remanso, no hay vuelta atrás.

Ana se dirigió a la criatura mientras José y Marcos mostraban una mueca de horror que los incapacitaba para pronunciar palabra:

—Oh, criatura de los bosques...explíquenos qué es este Remanso, y los motivos por los que no podemos abandonarlo. Como usted sabrá, escapan a nuestra comprensión.

La criatura emitió un sonido agudo y se agachó para coger un pergamino. Después agarró una antorcha y lo iluminó para enseñarles un texto escrito en tinta verde oscura, y sellado con un color rojo sangre:

—Jóvenes, acercaos, acercaos... ¿veis este documento?

Los tres jóvenes asintieron.

—Aquí se muestra el Tratado del 12 de febrero de 1972, por el cual la Universidad de Córdoba, recién fundada, acepta delimitar el espacio del Remanso del Conocimiento, en un lugar muy próximo a aquel donde, años después, se inauguraría el Campus Universitario de Rabanales, en virtud del cual se prohíbe la entrada al personal ajeno al Remanso, y se define como tal aquellas personas que no firmasen el Tratado del Remanso en ese mismo año.

En este mismo lugar convive el personal de la Facultad de la Naturaleza. Dicha Facultad, perteneciente a la Universidad de Córdoba, rechaza la docencia en las aulas, y favorece el contacto natural del hombre y la naturaleza en este espacio, la Laguna y el Bosque del Conocimiento Natural, los cuales en su conjunto delimitan el Remanso. En dicho lugar se fomenta la reflexión y el conocimiento humanístico, filosófico y matemático, rechazando las vulgaridades de la vida en otros lugares. Los estudiantes y profesores andarán cubiertos de vegetación para favorecer el contacto con nuestro Planeta. Según el Tratado, dicha Facultad debe permanecer oculta a la vista de otros hombres, y su

existencia debe ser desconocida al gran público. Cuando aquí se instauró el Campus de Rabanales, se acordó otro Tratado por el cual el personal del recién construido Campus no debía jamás cruzar la barrera.

Atónitos, los estudiantes no sabían qué responder. Una incoherencia en el Tratado saltaba a la vista: ¿Cómo iban a saber aquellos pobres desgraciados que habían cruzado la frontera de un espacio prohibido, si jamás se había sabido nada de la existencia de dicho lugar? Ana se apresuró a hacérselo ver a la criatura.

—No contestaremos a preguntas irrelevantes. Como infractores del Tratado, se os incorporará a vosotros tres a la Facultad de la Naturaleza a partir de este mismo momento, de la cual no saldréis en un largo período de tiempo. Este día se celebra el 50º aniversario de la Facultad, y el Tratado tiene una validez de un siglo exactamente. Dentro de exactamente cincuenta años seréis libres. Mi nombre es Haya, soy la Decana de esta Facultad, y estoy encantada de daros la bienvenida a ella. Creo que ya sois conscientes de su funcionamiento, gracias a la explicación de mi compañero Jacinto.

Acababa de hablar otra criatura vestida de igual forma, pero de sexo femenino. ¿Habían sido alguna vez humanos aquellas criaturas? Tal vez habían sido estudiantes como ellos que habían sufrido dicha desgracia...

Los chicos fueron esposados y guiados hacia las profundidades del bosque. En aquel momento presenciaron una escena muy extravagante: un conjunto de criaturas «vegetales» de su edad cortaban leña con unas

hachas, mientras recitaban un discurso en un idioma incomprensible. Un profesor dirigía la extraña clase con un vestido hecho de flores pegadas a su cuerpo con resina.

—Os presento al profesor Narciso —anunció Haya—. Él os instruirá en Filosofía Natural. Andad, cambiaros de ropa.

* * *

12 de febrero de 2072

En el Aula Magna de la Facultad de Ciencias, un profesor explicaba a sus alumnos la historia de la Facultad de la Naturaleza.

—Cuenta la leyenda que hace exactamente cien años, poco después de inaugurarse la UCO...

Tres ancianos recién llegados, de unos setenta años, presenciaban la clase desde el fondo.